

Humberto Giannini

Breve historia de la filosofía

Catalonia

HUMBERTO GIANNINI

Breve historia de la filosofía / Humberto Giannini

Santiago de Chile: Catalonia, 2005

436 p.; 15x23 cm

ISBN 978-956-8303-23-5

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

109

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Diseño de portada: Patricio Andrade

Impresión: Salesianos Impresores S.A., Santiago de Chile

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida,
en todo o en parte, ni registrada o transmitida
por sistema alguno de recuperación de información,
en ninguna forma o medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia o cualquier otro,
sin permiso previo, por escrito,
de la editorial.

Declarado MATERIAL DIDÁCTICO COMPLEMENTARIO DE LA
EDUCACIÓN CHILENA, según Ord. N° 057/1398 del 25 de noviembre de 1986
del Ministerio de Educación

Primera edición: 1977 (Editorial Universitaria)

Vigésima segunda edición corregida y aumentada: abril 2009

Vigésima tercera edición corregida y aumentada: diciembre 2010

Vigésima cuarta edición corregida y aumentada: enero 2012

Vigésima quinta edición corregida y aumentada: abril 2014

ISBN 978-956-8303-23-5

Registro de propiedad intelectual N° 149.122

© Humberto Giannini, 2005

© Catalonia Ltda., 2005

Santa Isabel 1235, Providencia, Santiago de Chile

www.catalonia.cl

*A Patrice Vermeren
y a los nobles amigos
de París 8*

HUMBERTO GIANNINI

La 'eminente dignidad' del hombre	374	Verdad y veracidad	392
Los valores	374	Ética del diálogo	393
La acción	375	GADAMER, RICOEUR	394
La revolución del siglo XX	375	HANS-GEORG GADAMER	395
Texto	376	PAUL RICOEUR	398
'TEORÍA CRÍTICA'. LA ESCUELA		Algunas de sus obras	399
DE FRANKFURT	379	Su itinerario filosófico	400
Los planteamientos comunes	380	Filosofía reflexiva y fenomenología	401
La familia	383	La acción lingüística	402
El trabajo	384	La voluntad	404
JÜRGEN HABERMAS	387	Hermenéutica del mal	405
Intereses cognoscitivos y emancipativos	389	ESTRUCTURALISMO	406
La praxis comunicativa	390	CLAUDIO LEVY-STRAUSS	407
El diálogo	391		
EL RETORNO DE CIERTA METAFÍSICA			410
FRANZ ROSENWEIG	410	PAUL-MICHEL FOUCAULT	415
MARTIN BUBER	411	JACQUES DERRIDA Y LA	
EMANUEL LEVINAS	411	DECONSTRUCCIÓN	420
LOUIS ALTHUSSER	414	Algunas de sus obras	421
		La deconstrucción	423
BIBLIOGRAFÍA EN ESPAÑOL			427

PRÓLOGO

"Confieso que nunca he tenido el propósito de que esta publicación alcance el alto rango de una Historia de la Filosofía... Para mí es una empresa demasiado absorbente, sistemática, un proyecto de vida que no quisiera asumir". ('Esbozo para una historia de la filosofía', Prólogo. Marzo, 1976).

Y a pesar del temor reverencial que tuve siempre —y con buenas razones— a embarcarme en la narración de una Historia, hoy, por gratitud al público lector que ha venido acogiendo edición a edición este libro —colegas de la educación secundaria, universitaria, estudiosos y estudiantes de filosofía— he creído conveniente pagar más de una deuda que tenía con la filosofía de la primera mitad del siglo XX —Husserl y Wittgenstien, sobre todo— y cerrar, finalmente, esta narración temática con dos autores que atravesaron el siglo: Jacques Derrida, el filósofo de 'la deconstrucción', recientemente fallecido, y Paul Ricoeur, el noble y diáfano inspirador de la 'reflexión hermenéutica' (fallecido hace pocos días).

Conforme a la intención de atenerme a la promesa declarada en el título 'Breve Historia...' (1982), he debido excluir a pensadores que, en una Historia más acuciosa, tendrían que aparecer": En todo caso, no se trata de citar nombres, obras y fechas sólo a fin de completar una galería. Éste me parece, por lo demás, un fin irrealizable. He preferido, como lo hice en las ediciones anteriores, proponer a la meditación del lector algunos temas, a través de autores que me parecen ejemplares.

Finalmente, en el desarrollo de la exposición, no he temido las aproximaciones, las imágenes, los rodeos, a fin de acercarme junto al lector a experiencias de difícil acceso. Lo importante es que la propia experiencia, abierta al pensar ajeno, sea ella misma la que diga su última palabra. Que devuelva al pensamiento pensado su calidad de pensamiento pensante.

Humberto Gianni I.
Marzo, 2005

Tal vez sea útil recordar de qué manera se llegó de ese antiquísimo ideal de sabiduría, anhelo permanente del género humano, a este otro ideal —más prudente, más moderno— de filosofía, que se acuña en Grecia allá por el siglo VI, en la secta de los pitagóricos, según se dice. Filosofía es lo que hace quien anhela la sabiduría; el que sin poseerla, aspira a ella. Esto quedó testimoniado incluso en la estructura del término griego (*filos*: amigo; *sofia*: sabiduría).

El punto clave va a ser, por tanto, comprender qué significa 'ser sabio' para los pueblos antiguos, incluyendo a los griegos. Hay un hecho cierto: la antigüedad —griega y no griega— no ligaba el saber del sabio a una conquista personal, ganada sólo en el estudio paciente de las cosas y de los textos; la sabiduría que hacía al sabio *esencialmente* diverso de los demás hombres provenía de una suerte de comunicación con las divinidades (o la divinidad). Es sabio, el que conoce la voluntad que gobierna el universo (arúspice), el intérprete o narrador de su acción (poeta) o el ejecutor de aquella voluntad en el mundo social (soberano).

En el Viejo Testamento, por ejemplo, la figura del sabio está maravillosamente representada por el rey Salomón. Como hijo de rey, Salomón fue educado en todas las ciencias de su tiempo, adiestrado en todas las artes y en todos los refinamientos de la Corte. Sin embargo, su proverbial sabiduría no consistirá en la acumulación de todos estos conocimientos y habilidades; su sabiduría va a estar ligada a un acto de *obediencia y sometimiento*. Sabio lo es sólo el ejecutor de la voluntad de Dios, '*el guardador de sus preceptos y el seguidor de sus caminos*', '*Jehová me poseía desde el principio*'. Por eso Salomón es sabio, porque Dios le ha enseñado los caminos que conducen a Dios y por los que Dios se allega al mundo.

La sabiduría consiste, en último término, en una relación entre dos voluntades: la Voluntad de Dios que es confianza y don, y la voluntad humana, la del sabio, atenta a la palabra y a los signos de aquella otra Voluntad.

Ahora bien, fuera de esta relación sobrenatural y quebradiza, el sabio pueda, como sucede a Salomón, llegar incluso a despreciar *el saber culto* acerca del mundo, o *el sa-*

ber técnico, ambos, como 'vanidad de vanidades', y declarar que 'allí donde se añade ciencia, allí se añade dolor'; exaltar la vida simple del amor, de la vianda y del vino e insistir, una y otra vez, en que toda sabiduría real está fundada en el temor de Dios. Esto es lo que un pensador contemporáneo ha llamado 'saber de salvación' en contraposición a los otros dos señalados¹.

Dentro de esta concepción, el saber del sabio tiene que ver más con el sabor (el sabor que va dejando la experiencia de una vida) que con el saber como mera acumulación de noticias. Pues, no es sabio el que sabe un poco de muchas cosas ('el hombre bien informado') ni mucho de pocas cosas (el especialista). Sabio es quien puede discernir qué es lo que vale la pena seguir en la vida (saber de salvación). Así, el autor de *El Cantar de los Cantares*, el rey que "propuso mil parábolas, que compuso 1.005 versos, que disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece en la pared, y que habló de los animales, de las aves, de los peces y de los reptiles, el rey que construyó la Casa de Dios, que edificó ciudades, que administró justicia y que alegró la vida de su pueblo"... en fin, "el más sabio de los hombres"... cuenta su vida con la pesadumbre de quien *ha probado el sabor amargo* de todas las cosas:

Yo, el predicador, fui rey sobre Israel... y di mi corazón a inquirir y buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del Cielo... Yo miré las obras que se hacen debajo del Sol, y he aquí que todo ello es vanidad y aflicción de espíritu. Lo torcido no se puede enderezar y lo falto no puede contarse. Y di mi corazón a conocer la sabiduría y también a entender las locuras y los desvarios: conocí que aun eso era aflicción de espíritu. Porque en el mucho saber hay mucha molestia y quien añade ciencia, añade dolor.

En resumen, para el sabio antiguo: a) El saber no es obra de una conquista personal, sino de una *revelación*. El saber proviene del oír tal revelación (*oh*: a causa de...; *audire*: oír). b) La revelación proviene y depende de un Dios personal. c) El saber se refiere a algo que interesa al hombre para que sepa 'a qué atenerse en la vida' (saber de salvación).

Ahora vamos a ver qué rasgos distintos del sabio antiguo se conservan en aquel nuevo modo de pensar que surge en las colonias griegas, allá por el siglo VI. En primer lugar, lo veremos en un hombre —en un gigante del pensamiento arcaico— que sin duda fue el que estuvo más cerca de ese ideal que hemos descrito. Nos referimos a Heráclito de Éfeso. Y veremos que hay ciertas semejanzas, incluso en el estilo, con el supuesto autor de los *Proverbios* y del *Eclesiastés*: lenguaje sentencioso, poderosamente poético, oracular.

Pero, por sobre la semejanza de estilo y otras de fondo, que ciertamente las hay, divisaremos al mismo tiempo qué es lo que ya viene gestándose en Grecia —y ya antes de Heráclito— como diferente, como extraño a la religión tradicional y que muy pronto terminará estableciéndose en el mundo occidental como pensamiento filosófico.

¹ Max Scheler, *El saber y la cultura*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Dice Heráclito: *Lo Uno —el único sabio— quiere y no quiere ser llamado con el nombre de Zeus*¹. Analicemos este fragmento. Es evidente que esta sabiduría no es algo propio del hombre, puesto que hay una sola cosa sabia: lo Uno. Pero, afirma además que *esto Uno quiere y no quiere ser llamado Zeus*. Para Salomón la sabiduría es de Dios, el Ser creador de todos los entes. Es este Ser el que por *iniciativa absolutamente suya* privilegia a algunos entes, concediéndoles algo de su sabiduría infinita. Aquí, en cambio, en el pensamiento de Heráclito, nos encontramos con la sabiduría de lo Uno, que quiere y no quiere ser llamado Zeus; que lo quiere, si con el nombre de 'Zeus' entendemos no una cosa, por más potente y espiritual que sea, sino el orden o la armonía que gobierna a la multiplicidad de todas las cosas, volviéndolas hacia lo Uno: *universo*; que no quiere, en cambio si entendemos por 'Zeus' un ente entre los entes, aunque sea un Dios poderosísimo; y menos, un dios, tal como lo imaginaban la tradición religiosa griega, Homero y los narradores de mitos² con todos los vicios humanos agigantados por un poder y una inteligencia superiores.

Finalmente, Heráclito nombrará a lo Uno de un modo que seguramente terminó de desconcertar a toda la tradición religiosa: lo que unifica, lo que armoniza e integra es el *logos*. ¿Qué significa este término —logos— que incluso hoy no nos atrevemos a traducir al castellano y continuamos escribiéndolo en griego? Conformémonos con una lejanísima aproximación: logos en Heráclito es una especie de pensamiento hablante que va *diciendo* su discurso —que va dando su sentido— no con palabras, sino con las cosas del universo. A veces se le traduce por 'Razón'. Y justamente porque el logos refiere unas cosas a otras, porque las liga en un movimiento bello, inteligente y eterno, es que esta unidad en cuanto es visible a los ojos mortales se llama "Cosmos"³.

La *religiosidad griega* —que hoy denominamos 'mitología'— *tendía a divinizar todo lo que nosotros cualificamos como 'fenómenos naturales'*: la furia de los vientos, el germinar de las plantas, el aparecer de una corneta, la amistad, el amor, etc. La mente griega atribuía cualquiera de estos acontecimientos a la acción de un dios o de un espíritu preocupado por el engranaje del Cosmos y el destino de los mortales. Y la narración de estos hechos extraordinarios (pero, no menos verdaderos a los ojos de su fe) es lo que los primeros griegos llamaron 'mito'.

Pues bien, el Dios de Heráclito, lo Uno, poco tiene en común con los dioses de que habla el mito. Es logos, es razón. Por ese motivo no quiere llamarse 'Zeus': porque no tiene ojos, ni rostro, ni deseos, porque no es persona ni cuerpo. Es sólo la armonía misteriosa que *'unifica diversificando y diversifica uniendo'*. La idea de un dinamismo puro, siempre diverso en su unidad, es esencial para la comprensión de este logos

¹ A los pensamientos sueltos que nos han llegado de Heráclito, se les llama "Fragmentos". Hay recogidos 126. Empleamos aquí la enumeración de Diels.

² Platón contrapone los teólogos —los que hablan cuerda de Dios— a los narradores de mitos. Esta contraposición es importante, pues, 'el mito' constituye la religión griega, a la que Platón opone 'un pensamiento racional sobre los dioses' (Teología).

³ 'Cosmos' significa en griego 'bello', 'ordenado' (de allí, 'cosmético'). Otro tanto sucede con 'mundos' en latín (de allí, inmundos, lo contrario de bello).

heracliteano. De allí que el fuego, siempre el mismo, pero también siempre diverso, sea para Heráclito como la sustancia íntima del mundo visible.

Este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ningún dios ni ningún hombre, sino que fue siempre, es y será fuego siempre vivo que se enciende y se apaga con medida. (Frag. 30).

Es cierto, como hacíamos notar, que además del estilo sentencioso, que aúna a Salomón y Heráclito, hay una actitud semejante dentro de todas las diferencias conceptuales: el dejarse guiar por la poderosa voz que todo lo domina —llámese dios o logos— y cuyo sentido sería locura evadir. Pues,

¿Cómo puede uno ponerse a salvo de aquello que nunca desaparece? (Frag. 16).

Es cierto, pues, que en Heráclito subsiste el saber como revelación y algunos rasgos de la antigua sabiduría, rasgos por lo demás que volverán una y otra vez en la historia.

Sin embargo, en la sabiduría salomónica y, en general, en la actitud propiamente religiosa, ser obediente significaba entrar en una relación con la persona de Dios y, en un encuentro cuya iniciativa correspondía exclusivamente a Dios. En el caso de Heráclito, por el contrario, la obediencia consiste en una suerte de lúcida entrega e integración al logos del universo.

La sabiduría consiste en una cosa: conocer el Logos, por el que todas las cosas son dirigidas por todas las cosas. (Frag. 41).

Pero, si exceptuamos el caso de Heráclito, lo que distingue al filósofo del sabio antiguo es que el filósofo *no hace depender* su saber de la iniciativa de un Dios, sino de una pregunta original que él —el filósofo— dirige directamente a las cosas y este preguntar supone que las cosas pueden mostrarse en su verdad, *revelar* lo que son desde ellas mismas. Históricamente, el primer interrogado fue el Cosmos, en su totalidad. Por eso al primer período de la filosofía se le ha llamado PERÍODO COSMOLÓGICO.

LA ADMIRACIÓN ANTE EL ESPECTÁCULO DEL UNIVERSO (Período cosmológico)

El problema de la filosofía antigua no era distinguir al hombre de los animales. Era distinguir al hombre de los dioses que andaban por la tierra casi invisibles o incluso disfrazados de filósofos...

(J.M. Ibáñez Langlois, Historia de la Filosofía)

En las ricas colonias griegas del Asia Menor (Efeso, Mileto, Samos, Quios, etc.) o en las ciudades griegas de la Italia Meridional (Crotona, Siracusa, Elea) surge, casi contemporáneamente, una nueva actividad o incluso, un nuevo modo de ser de algunos hombres. No se trata propiamente del sabio inspirado por los dioses, del sacerdote, del legislador o del poeta. En líneas generales se trata de un tipo de hombre solitario, extraño, desinteresado, por lo común, de los negocios, pero diestro en las artes de medir el curso de los astros, en la medicina o en la agricultura, pero, sobre todo, poseedor de un nuevo saber sobre las cosas. A estos hombres se les llama *meteorólogos*, es decir, los que hablan acerca de cosas elevadas. Y se les llama así no sin un dejo de sorna. Es conocida la anécdota de Tales de Mileto quien, absorto en la contemplación del Cielo no vio lo que había a sus pies y cayó en un pozo profundo.

“Se dice que una graciosa esclava tracia se burló de Tales, porque mientras observaba las estrellas y miraba hacia arriba se cayó en un pozo; ávido por observar las cosas del cielo, le pasaban inadvertidas las que estaban detrás de él y delante de sus pies”. (Platón, TEETETOS 174a).

Cosas éstas que se cuentan con hilaridad entre los paisanos milesios. Extraños hombres con una nueva y también extraña vocación. Al preguntársele a Anaxágoras, otro de estos meteorólogos, por qué ha dejado abandonados a sus hijos, a su familia, a su patria, mostrando el Cielo, responde: Aquella es mi patria.

La admiración por el espectáculo del universo llevó, al parecer, a cada uno de estos hombres a abandonar todo lo que habitualmente se busca para la seguridad o el goce de la vida: dinero, poder, etc. Pero abandonaron algo que incluso significa muchísimo más para la seguridad del hombre: la seguridad que dan las creencias y la tradición. Por eso es que la filosofía, desde sus orígenes, aparece ante los ojos del hombre común como una extraña y peligrosa forma de vida. Un modo de vivir a la intemperie.

Así, lo que unió a estos hombres del siglo VI no fue 'una doctrina' común que esbozaran para explicar ciertas cosas. Lo que los unió fue el hecho de plantearse —ellos mismos— ciertas preguntas y de contestarlas según lo que les parecía 'decir' la misma realidad. No la tradición o el mito.

El universo es un constante espectáculo de apariciones, de cambios, de transformaciones. Hay algo, entonces, que se está mostrando y ocultando en ese despliegue y en ese repliegue de las cosas; algo que posee en sí la capacidad de abrirse y cerrarse en su verdad. Es ese fondo que sustenta todos los cambios y todas las manifestaciones cósmicas, el objeto del admirado preguntar de los primeros filósofos. Con el término naturaleza (Füsis) los griegos primitivos querían expresar esta condición activa y siempre reveladora de sí, propia de todas las naturalezas.

LOS JONIOS

Se les llama así a los filósofos que vivieron en las colonias griegas del lado occidental del Asia Menor (Mileto, Éfeso, Samos, Quios), en contraposición a los *itálicos*, radicados en el sur de Italia. Dentro de la *Escuela Jónica* vamos a considerar sólo a los Milesios: Tales, Anaximandro y Anaxímenes y a Heráclito, de Éfeso. En Samos hay dos filósofos notables: Pitágoras, que emigra a Italia y que lo consideraremos dentro de la *Escuela Itálica*, y Meliso, discípulo del gran Parménides de Elea (Italia).

TALES (DE MILETO)

Biografía: 585-... a.C. Tuvo fama de poseer una cultura extraordinaria y profunda: astrónomo, matemático notable (¿Quién no conoce el teorema de Tales?), legislador. No dejó nada escrito. Es uno de los siete sabios de Grecia.

Como la mayoría de los primeros filósofos, Tales pensó que el fundamento de todo lo que llega a ser y cambia tiene que ser algo elemental que permanece idéntico. Y fue denominado *arjé*¹, principio. Vamos a explicar cómo pensaron este principio.

Decir qué es una cosa significa explicar en *qué consiste*, cuáles son sus componentes. A su vez los componentes consistirán en algo, y si consisten en algo también ellos en cierto sentido poseen una existencia prestada (prestada por sus componentes). ¿Habrá algo que no consista en otras cosas? Si hay algo que no consiste en otras cosas, sino que existe verdaderamente y se despliega en todos los infinitos modos de consistir, ese será el *principio*, el *arjé* que buscamos.

Ahora bien, a nuestros ojos la primera respuesta, la de Tales, puede parecernos ingenua: afirma el pensador de Mileto que ese principio es el agua. Pero, ¿por qué el agua?

Pensemos un momento en el ciclo 'indestructible' del agua: primero, el agua en los océanos, el agua en los ríos, el agua en las montañas. Luego, la ascensión del agua a

¹ Es el mismo 'arjé' que sirve en castellano para componer palabras como arqueología (la ciencia de los fundamentos), arquitectura, etc.

causa del Sol y, entonces, el agua constituyéndose en el medio acuoso en el que, según Tales, reposa la Tierra. Luego, el descenso del agua, en forma de lluvia, sobre la Tierra, a fin de renovar la vida en la naturaleza. Y nuevamente vuelve el ciclo del agua generada e incorruptible¹.

Pensemos también que el agua asume todos los estados (líquido, sólido, gaseoso) y todas las formas; que 'toma cuerpo', gusto, color diferentes según modos diferentes de mezclarse. Pensemos que por su inigualable aptitud para transformarse, es símbolo de la 'fluidez' primordial, del Caos y que los antiguos poetas llamaron al Océano: *Padre de todos los dioses y de todas las cosas*. Pensemos, por último, que no sólo para Tales, sino mucho antes, para las viejas culturas del Cercano Oriente, el globo terrestre está sostenido por el agua y 'cabalga en ella, como un barco'.

ANAXIMANDRO (DE MILETO)

Biografía: 610-547 a.C. Muy poco se sabe sobre su vida. Hay referencias y comentarios de Aristóteles a una obra suya perdida, *Acerca de la Naturaleza de las cosas*. Fue discípulo de Tales y, como su maestro, investigó múltiples cosas. Se le tiene, por ejemplo, como creador de la geografía científica (seguramente porque diseñó el primer mapa terrestre).

A pesar de pertenecer al mismo periodo histórico, el pensamiento de Anaximandro aparece como incomparablemente más maduro que el de Tales y con más de una intuición genial.

Habría sido Anaximandro el que introdujo el término '*arjé*' en el incipiente lenguaje filosófico, para denotar el fondo del que vienen y al que vuelven todas las cosas: el principio. Pero, ya no será, como para Tales, un principio visible y limitado. La audacia de su pensamiento lo lleva a postular una realidad que desborda por todas partes a la realidad sensible y la *fundamenta*. Tal realidad es lo Infinito e Indeterminado, que todo lo incluye y todo lo gobierna (*ápeiron*). La audacia consiste, justamente, en sostener que la realidad del mundo que vemos y tocamos está fundada en algo invisible e intangible, en 'algo' que no es nada determinado y que, sin embargo, se despliega y se convierte en todas las cosas. Y, puesto que el *arjé* es algo infinito, Anaximandro extrae una nueva conclusión: que infinitos mundos se hacen y se deshacen en el seno de este elemento divino que ha postulado.

Dentro de los mundos que se originan, la Tierra se mantiene en reposo, no por estar sostenida por algo, en el agua, por ejemplo, como creía Tales, sino por encontrarse a igual distancia de todos los planetas y "no tener más razón para irse hacia un lado que hacia el otro". He aquí una prueba de cómo Anaximandro aplica audazmente a las cosas —e incluso 'contra' la experiencia natural de ellas— un principio del pensamiento

¹ En abril, precedido por la floración profética de la rama del ciruelo, comienza sobre toda la tierra el trabajo del Agua, áspere sirviente del Sol. Disuelve, caldea, ablanda, penetra y la Sal se vuelve Saliva, persuade, masca, mezcla, y en cuanto la base está de ese modo preparada, la vida empieza, el mundo vegetal empieza por todas sus raíces a absorber del fondo universal. El agua ácida de los primeros meses poco a poco se transforma en un jarabe espeso, un trago de licor, una miel amarga cargadísima de potencias sexuales'. Paul Claudel.